

León, P.

Historia natural del cine

Ed. Athenaica, 2025



Podría calificarse sin mucho reparo de “afrancesada” la línea de publicaciones que la editorial sevillana Athenaica lleva desarrollando desde 2015 en el campo del cine (inaugurada con *Escenas de vida paralela* de Francisco Algarín Navarro, la primera monografía en español sobre el cineasta y crítico Jacques Rivette). Con este volumen, *Historia natural del cine*, del cineasta y crítico Pierre Léon, quizás se haya llegado al culmen de la influencia de la literatura cinéfila del país vecino, aunque, curiosamente, no sea el primero de la colección –ya ocurrió con *El cuadrado de la fortuna*, de Pascale Bodet y Emmanuel Levaufre en 2022– cuya edición original sea la española y no se trate de un libro vertido de otro preexistente, de manera que, la edición francesa de ambos, si la hubiera en un futuro, llegaría paradójicamente después de la traducida.

Pero hablamos sobre todo de una cierta culminación porque se trata, en esta particular y personal historia del cine de Pierre Léon, de reavivar el fuego de una serie de influencias mayores (Jean-Louis Schefer y Jean-Claude Biette, sobre todo; que si en España son bastante desconocidas, en Francia parece que comienzan a desvanecerse, una vez desaparecida la mítica revista *Trafic*) con las que el autor se calienta las manos antes de escribir (y describir), con su prosa elegante, culta y divertida, algo así como una serie de momentos estelares de su más acendrada pasión cinéfila, una que convoca a cineastas fundamentales del espectro clásico (Ford, Walsh, Eisenstein, Renoir, Hitchcock, Preminger, Lang, Ozu...) y de la modernidad (Resnais, Murátova, Rohmer, Akerman, Duras, Viota...) como a viejos amigos con los que no se ha dejado de hablar y compartir intimidad durante décadas, gracias a la mediación de algunas películas que, como advirtiera Serge Daney a partir de las reflexiones del propio Schefer, nos han mirado tanto como nosotros a ellas. Y que, por lo tanto, nos conocen más de lo que creemos conocerlas.

Esta pregnante idea de fondo que, podría decirse, rompería la línea de progreso en la historia del cine (que dicta que la existencia del invento antecedería lógicamente a su esencia, es decir, a su paulatina institucionalización como arte industrial, más o menos narrativo, espectacular, etc.), presupone, al contrario, que con el cine quizás no se inventara nada, sino que se perfeccionara lo que las imágenes, desde las recónditas cuevas prehistóricas, llevan haciendo con nosotros: subyugarnos reflejando nuestro inconsciente, quizás incluso prediciendo nuestra vida. Así, para Léon, en el cine la esencia precedería a la existencia, y sus productos, las películas –esas secuencias, esos momentos– como personificadas, tienen que ver a fin de cuentas con nuestro decisivo encuentro con el arte, y, por lo tanto, no deben ser tratadas

de manera distinta (ni con ese estrecho vocabulario con el que los aficionados y cinéfilos han despachado en sus hablas y escrituras lo que acontece entre imágenes y entre éstas y los sonidos) a como nos enfrentamos a una sinfonía o a un cuadro, a un poema o a una escena de teatro. En la festiva erudición de Pierre Léon, donde Walsh se puede relacionar con Homero, Renoir con Dostoyevski o Rimbaud con Rohmer, no hay por tanto progreso, y tampoco jerarquías. La impureza reina, pues se trata, sobre todo, de escribir de otra manera, de arrumar tópicos y, por fin, colocarnos a la altura de esos proustianos monstruos que atraviesan las épocas, es decir, de esos cineastas sobre los que hemos depositado tal desmedida capacidad de visionarismo.

Alfonso Crespo Cuaresma | Editor y crítico de cine

URL de la contribución <www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/6075>